



UN AÑO DE GRACIA CON MARÍA HACIA EL AÑO 2000 ¿POR QUÉ? ¿CÓMO?

RENÉ LAURENTIN

El 1 de enero de 1987, en su homilía en la Basílica de San Pedro en Roma, el Papa Juan Pablo II anunciaba «un año dedicado a María» en preparación del bimilenario del nacimiento de Cristo en el año 2000: un año largo, que se abrió en la última Pentecostés, y que terminará el 15 de agosto de 1988.

La decisión fue inesperada, puesto que el Papa había rechazado insistentes peticiones en el sentido de que se dedicara un año a María por el bimilenario de su nacimiento. Pareció excluir esta solución, e invitar tan sólo a un largo Adviento con María hasta el año 2000.

¿Por qué?

¿Por qué esta nueva decisión repentina e imprevista? En primer lugar, porque buena parte de la Iglesia permanece insensible a este proyecto de un Adviento con María: ha movilizad sólo a algunas Iglesias (Polonia, Filipinas, Italia) y algunos cristianos. En nuestros países atlánticos del Norte, donde la moda sigue siendo la desmitologización y la crítica, la Virgen con frecuencia parece un mito: simpático, pero irreal. Muchos de nuestros contemporáneos entran en nuestras catedrales como los japoneses ultramodernos gustan de pasear en los jardines sintoístas, sin creer ya en esa religión de sus antepasados. Si el Papa ha decidido un *Año con María*, no se trata en modo alguno de un «particularismo polaco», como se ha dicho, sino de invitarnos a entrar en una experiencia maravillosamente rica, acreditada desde hace siglos.

Se trata, sin lugar a dudas, de su experiencia personal: cuando era

trabajador forzoso en la fábrica Solvay, en Cracovia, el joven Karol Wojtyła leía, en los descansos, el *Tratado de la verdadera devoción a María*, de Grignon de Montfort. E hizo entonces su consagración a María. Esa es la fuente principal de su vitalidad espiritual y de su acción maravillosa en condiciones difíciles. Por ello ha escogido como divisa de su escudo, unas palabras —debajo de la letra inicial de María— sacadas de este tratado, una divisa que se dirige a María: *Totus tuus*, todo tuyo.

Diez años más tarde, el Cardenal Stefan Wyszyński, Primado de Polonia, encarcelado, separado de su Iglesia, hizo un retiro de tres semanas para prepararse a su consagración «a Cristo por la mejor de las Madres». En 1956 consagró a Polonia del mismo modo. A tal efecto envió un texto a Nuestra Señora de Czestochowa mandando que si ningún obispo podía leerla, lo hiciera un sacerdote. En su defecto, un laico, pero que fuera leído.

No se trataba de una confianza ciega y pasiva; el Cardenal había trazado todo un programa decenal de catequesis, restauración de las familias, de los seminarios, del clero, etc..., que confiaba a Nuestra Señora. Poco tiempo más tarde fue liberado, y se produjo así lo que se ha llamado «el milagro polaco», puesto que Polonia, cuyo catolicismo era pasablemente sociológico, bajo una dominación marxista, y cuyo clero era poco numeroso, es hoy el primer país en número de ordenaciones (706 en las últimas estadísticas de 1985). Es ella quien ha dado a la Iglesia el hombre que podía restaurarla y renovarla en estos tiempos difíciles: el primer Papa polaco. Sorprendido por este inaudito ascenso espiritual, que había seguido de cerca, solicité una audiencia al Cardenal Wyszyński para que me explicara el secreto de semejante éxito. Me respondió en una palabra, mientras me mostraba el *Tratado de la verdadera devoción, a María*, que estaba sobre su reclinatorio:

—«¡Es la Virgen Santísima!»

Lech Walesa, que se encontraba en su cénit, y que en ocasiones llevaba su rosario colgado del cuello en sus negociaciones con el gobierno, había hecho la misma consagración. «Como el Cardenal Primado, lo he apostado todo por la Virgen», decía en Czestochowa, consagrando también él su país y sus sindicatos. Unos meses más tarde, estando a su vez en prisión, renovaba su confianza en la Virgen con esta oración:

«Santa María, he perdido mi insignia
de la Virgen de Czestochowa
llorando en la nieve de diciembre.



Ha caído de lo más hondo de mi ser,
acompañada del mal que nos ha afligido.
Ha penetrado hasta el alma.
Ahí es donde te reencuentro,
Ahí es donde se une a Tí mi Nación asesinada y
traicionada.
Ahí es donde velo en silencio.
Y seguiré adelante.
¿Oyes? Millones de corazones golpean en mí.
Al lanzar este grito, mientras vivamos,
Santa María, mi Madre,
Madre de nuestra Madre-Patria,
Danos la fuerza de soportar nuestro destino hasta
el fin,
que tu llama nos guíe hacia la libertad y la verdad,
y perdona a los que nos ofenden
cuando nosotros ya no podemos».

De modo semejante, en Filipinas el pueblo ha podido desembarazarse de una dictadura a partir de una consagración de todo este pueblo hecha con fervor el 25 de marzo de 1984, tan desdeñada en otros países. A la salida de esta consagración, el Cardenal Sin decidió celebrar el bimilenario del nacimiento de María, entre el 8 de diciembre de 1984 y el 8 de diciembre de 1985, con oración y ayuno al servicio de quienes morían de hambre, bajo aquel régimen sin equidad, donde la esposa del dictador multiplicaba alocadamente su boato.

Así fue como en febrero de 1986, en el momento en que Marcos, sostenido aún en el terreno diplomático, se proclamaba vencedor de unas elecciones falseadas, el pueblo filipino fue capaz, a petición del propio Cardenal Sin, de bajar a las calles de la capital, pacíficamente, con su imagen de la Virgen y su rosario (como Walesa). Esta muchedumbre formada por la oración no lanzó adoquines contra el ejército y los tanques, armados como de costumbre. Por el contrario, las chicas ofrecían flores a los soldados, lo que contribuyó a inclinar al ejército del lado del pueblo. En una situación que era y sigue siendo difícil, fue una victoria de Nuestra Señora.

Italia y Portugal, que han hecho y renovado de forma más constante esta consagración, han conservado una situación mejor que los demás países atlánticos, en la fe, práctica religiosa o seminarios.

En Uganda, país desgarrado por sangrientas luchas, un amplio movimiento fundamentado en María instauro activamente relaciones cotidianas de benevolencia y caridad.

Al hacer esta enumeración en el Congreso Mariológico de Kevelaer, intervino un austriaco:

— «¿Por qué no habla Vd. de nuestro país? La satelización de la URSS lo amenazaba como a los países vecinos, y se libró gracias a una cruzada del Rosario (1945-1955). El Papa ha instaurado el año dedicado a María para extender esta experiencia fructífera».

El Papa estuvo motivado también por dos aniversarios que le conmueven: el sexto centenario del cristianismo en Lituania (habló de él al anunciar el Año con María, el 1 de enero de 1987), y el milenario de Rusia, en 1988. El Papa, preocupado por esta conversión de Rusia, por la que ha renovado tres veces la consagración pedida por Lucía de Fátima, no olvida esta intención. Tiene sin duda un proyecto: ¿la renovación de esta consagración, o un viaje a la URSS? Hemos de esperar para saberlo.

Todo ello me ha empujado a escribir un libro encaminado a sostener este proyecto de Juan Pablo II, para que aprendamos a confiarnos en mayor medida a esta Mujer a quien Dios se confió, para venir a compartir nuestra humanidad, y hacernos así partícipes de su divinidad.

Me parece que el objetivo de este año consiste en reencontrar la verdad de María en tres puntos claves:

- en la historia, porque no se trata de un mito
- en el proyecto de Dios y en su Revelación, donde tiene un lugar único y significativo
- en nuestras vidas, donde convendría actualizar su presencia, y realizar, por Ella y con Ella, esta consagración que constituye la clave misma del futuro según el plan de Dios.

1) *Verdad de María en la historia*

En lo referente a la historia, *seré breve*, porque sería demasiado largo entrar en los detalles. Concretamente, se trata de superar las perspectivas ideológicas y las críticas que han llevado a considerar, en distintos grados, los Evangelios de la Infancia (Mt I-II y Lc I-II) como ficciones piadosas, inventadas por esas famosas «comunidades primitivas» a las que en ocasiones se atribuye la fabricación de Jesucristo: ahí donde se opone el Jesús de la historia que sería un insignificante profeta de pueblo, al Cristo de la fe, genial fabricación de estas famosas comunidades: «La virgen de la Historia no merece más que un silencio embarazoso, como el que envuelve en el olvido a la madre de Abraham Lincoln» decía el exegeta americano Mc Kenzie, en *Concilium*, 138, (1983) 160.

Sin embargo, dejando de lado a Abraham Lincoln, las madres de los héroes y las reinas son las mujeres que mejor han podido escapar del olvido. Cuando la matriz fecunda del mundo de los pobres producía un héroe, su madre podía entrar con él en la Historia. Los Evangelios no se podían escribir sin mencionar a la Madre de Jesús: no es en absoluto un personaje anónimo. Pertenecer, por este mismo título, a la Historia más positivista, como esa mujer de Nazareth de Galilea, desposada con José el carpintero, que dio a luz a Jesús en Belén, fue separada de Él por la vida pública, fue implicada por el clan de Nazareth en la operación destinada a reconducirlo al pueblo, estuvo al pie de la cruz, con ocasión de esa peregrinación que hacía cada año a Jerusalén por Pascua, y, por último, se encontraba todavía en Jerusalén, donde sin duda había permanecido, para rezar con los Doce y los 120 primeros cristianos en la habitación alta en la que esperaban Pentecostés.

La puesta en duda que se ha hecho de alguno de estos datos es puramente artificial. Cuando en la historia profana se encuentran datos obvios de este tipo nadie hace gala de tanta sospecha y objeción de hecho.

Pero aún hay más: esta Mujer ha jugado un papel, y la memoria cristiana se ha acordado de Ella, sin que haya razones serias para ponerlo en duda. Está de moda el considerar los dos primeros capítulos de Lucas como una ficción. La Anunciación sería una proyección inventada por las famosas comunidades primitivas. Ellas serían las que habrían inventado su virginidad, así como el *Magnificat*, ajeno a María: ellas podían inventar un cántico semejante, pero María era incapaz de ello.

Todas estas puestas en entredicho proceden de ideologías, que sería demasiado largo demostrar, sobre la comunidad creadora. Tales ideologías provienen de filosofías racionalistas y sobre todo idealistas según las cuales uno no conoce sino su propio conocimiento. No hay, por tanto, un conocimiento objetivo sobre Jesús y María. El conocimiento que de ellos se alcanza es subjetivo. Corresponde a la exégesis crítica reconstituir la elaboración más o menos ficticia hecha por las citadas comunidades, a las que se concede *a priori* un maravilloso poder creador. Si quienes sostienen estas teorías tienen fe, salen del paso atribuyendo este trabajo a la acción inspiradora del Espíritu Santo. Pero eso no les saca de su incoherencia.

Miremos el Evangelio de Lucas, tal como lo ha escrito. De entre los evangelistas es el más historiador, siguiendo las técnicas, ya fiables de los historiadores griegos, de los que retoma el estilo y el prólogo; es el evangelista más documentado, adapta los documentos que utiliza, pero respetándolos a un tiempo, de una forma honesta y hábil, según se puede cons-

tatar. Merece crédito. Desde el principio de su Evangelio señala que se ha empeñado en escribir a partir de «testigos oculares» (Lc 1, 2). Se ha consumido mucha ingeniosidad para intentar mostrar que esta declaración se refiere tan sólo a la vida pública.

Sin embargo, es en el Evangelio de la Infancia donde Lucas ha procurado referirse a los testigos oculares que constituyeron sus fuentes (directas o indirectas); es el caso de los vecinos de Zacarías e Isabel en las montañas de Judá, que guardaban en sus corazones las palabras y acontecimientos del nacimiento del Bautista. En cuanto a Jesús, María es, de modo semejante, el testigo ocular de los hechos y palabras, que Lucas expresa de modo significativo con el término *thêma*, equivalente al hebreo *dabar*, que significa a la vez palabras y hechos (Lc 2, 19 y 51). En el primero de estos dos versículos Lucas precisa incluso que María «ponderaba» estas palabras y hechos en su corazón. Describe así muy bien el proceso mismo de la exégesis y la meditación judías, que actualizaba los hechos por la Escritura, y la Escritura por los hechos: esto es lo que mejor caracteriza los dos primeros capítulos de Lucas, heredados de María. Se presentan también como el fruto de una larga meditación y confrontación de la Escritura con los acontecimientos de la infancia de Cristo. Es una meditación donde María relata sus recuerdos, que le son, en parte, estrictamente personales, empezando por la Anunciación.

Todo ello es de una perfecta coherencia. Si se rechaza este testimonio obvio se cae en un círculo de incoherencias inverosímiles y de contradicciones, con las que se debate todavía hoy la Catequesis y la Exégesis. Lucas estaba bien situado para recoger los recuerdos de María, ya sea directa o indirectamente.

En los Hechos de los Apóstoles (21, 12-17; 11, 27-28, según la versión occidental: d), nos confía que ha conocido esta comunidad primitiva donde vive María y los «hermanos del Señor». Hegesipo (s. II) precisa que de estos primos saldrán los dos primeros Obispos de Jerusalén: Santiago y Simón. Lucas nos confía que conoció a Santiago junto a Pablo. Pudo tener, por tanto, por él, por Simón o por otros, recuerdos que María, presente en esta comunidad, había dejado, incluido el *Magnificat*.

En cuanto al *Magnificat*, por supuesto que María no lo ha «escrito». Ella vivía en una tradición oral de la que hemos olvidado la riqueza, puesto que en ese tiempo no existían misales: las bibliotecas estaban vacías, pero las memorias bien repletas. El *Magnificat* es una etapa centro de una larga tradición oral. Retoma el esquema de un cántico milenarista: el de Ana. La madre de Samuel canta ya esta revolución de los pobres que

Yahvé hace triunfar. El *Magnificat* enriquece este cántico con reminiscencias de salmos, y lo actualiza con referencia a los acontecimientos de la Anunciación y de la Visitación. No puedo detallar más. Lucas nos deja, pues, el relato de la vocación de María: de esta revelación que se le hizo.

Según el idealismo racionalista que tanto reina todavía en la exégesis, allí donde hay una aparición o una locución procedente de Dios, se trata de una fabricación literaria de un escritor sagrado. Si se aplicara este principio a las apariciones modernas, se llegaría a conclusiones grotescas: Bernadette de Lourdes, evidentemente, no hubiera tenido ninguna aparición, se trataría de una ficción de sus historiadores, Forcade y Estrade, más inteligentes que ella. Del mismo modo los videntes de Medjugorje no habrían visto nada. Las apariciones no serían sino una ficción del teólogo Laurentin, deseoso de hacer propaganda de la Virgen María. Pero Bernadette y los otros videntes vieron y dieron testimonio con fuerza y de una forma magnífica, incluso ante amenazas de la Policía.

María no les era inferior. Gracias a Lucas conocemos el interior de María, fruto de la gracia de Dios, de la «sola gracia», podríamos decir, dando la vuelta a la fórmula de Lutero. Y tan maravillosamente obediente a la palabra de Dios: «He aquí la esclava del Señor» (Lc 1, 3). Por Ella conocemos la más admirable revelación de la Encarnación. La Anunciación es la primera teología femenina que tenemos. Es análoga, pero anterior y superior a la del prólogo joánico, más construido, menos intuitivo que el relato luminoso de María. Se encuentra allí su mirada sobre Jesús, que es a la vez su Hijo y su Dios.

A través de este Evangelio entramos de lleno en nuestra segunda parte: María tal como es vista por Dios, revelada por Dios, Madre de Dios. Y he aquí, a modo de transición cómo un escritor ateo escribiendo para amigos cristianos ha sabido describir esta mirada de María sobre su Hijo y su Dios. Por pudor, este dramaturgo ateo ha puesto esta descripción de María en el pesebre en boca de «un ciego mostrador de imágenes». Hace un reconocimiento de su ateísmo. A diferencia de los sordos, los ciegos son, frecuentemente, alegres. A veces les gusta hablar de la luz, y cuando hablan de ella, saben mejor que nadie revelar a los videntes hastiados lo que hay de maravilloso en la luz. Así este ateo nos revela lo que muchos exegetas olvidan: las maravillas de la luz de la fe en María. He aquí como el «mostrador de imágenes» ciego ve a María volcada sobre el pesebre, en el que acaba de traer al mundo a su Hijo:

«la Virgen está palida, mira al niño. Lo que habría que pintar sobre su cara es un asombro ansioso, que no ha aparecido sobre su rostro huma-

no, más que una sola vez. Pues Cristo es su hijo, carne de su carne y fruto de sus entrañas. Lo ha llevado nueve meses consigo y le dará el pecho. Y por momentos la tentación es tan fuerte que se olvida de que es Dios: lo aprieta entre sus brazos, y le dice: «Mi pequeño».

Pero en otros momentos Ella permanece apartada y piensa: Dios está allí. Entonces se sobrecoge con un horror religioso por este Dios mudo, por este niño aterrador, terrible.

Todas las madres se paran así por momentos ante este fragmento rebelde de su carne que es su hijo y se sienten como en el exilio ante esta vida nueva que ha sido hecha con su vida y en la que viven extraños pensamientos. Pero ningún niño ha sido más cruelmente y más rápidamente arrancado a su madre, puesto que es Dios y supera absolutamente lo que Ella pueda imaginar.

Pero pienso que hay también otros momentos rápidos y resbaladizos donde Ella siente a la vez que Cristo es su hijo, su pequeño y que es Dios. Ella lo mira y piensa: este Dios es mi hijo, esta carne divina es mi carne, está hecho de mí, tiene mis ojos y esta forma de su boca es la forma de la mía. Se me parece; es Dios y se me parece. Y ninguna mujer ha tenido así a su Dios para sí sola. Un Dios pequeño que se puede tomar en los brazos y cubrir de besos. Un Dios calentito que sonríe y que respira. Un Dios que se puede tocar y que ríe. Este es uno de esos momentos en que yo pintaría a María si fuera pintor».

2) *La verdad de María según la mirada de Dios. Madre de Dios*

María es pues madre de un *Hijo* que es el Hijo de Dios, según nos dice claramente Lucas 1, 30. 32. 35. Ella es la Madre del Señor en el sentido fuerte de este término, como afirma proféticamente Isabel. Ella es pues Madre de Dios. Este título que Lutero admitía, es paradójico, sorprendente. Muchos cristianos hoy ven en esto una objeción: ¿acaso no es esto hacer de María una diosa? Algunos devuelven la pregunta diciendo como Andrew Greeley —sociólogo y teólogo americano—: «Los protestantes tienen razón al decir que los católicos hacen de María una diosa, pero se equivocan al ofuscarse con ello», puesto que han hecho de María una diosa simbólicamente. Greeley es todavía una de las víctimas de ese idealismo, según el cual el hombre no conoce más que su propio conocimiento y lo fabrica sin objetividad.

Desde el punto de vista de la fe, lo que hay que decir es lo contrario: María no es una diosa. Es lo opuesto a una diosa. Es, como también

ha dicho Grignon de Montfort, «la que ha dado a Dios lo que no tenía. ¿El qué? La pequeñez, la pobreza, la humildad, la solidaridad con los hombres, la capacidad de sufrir y de morir por nosotros.

Desde que la teología se ha convertido en universitaria el gran defecto de los teólogos es que ya no son poetas. Demos pues la palabra aquí a un poeta, a una mujer que de una forma admirable ha expresado esta verdad en su poema. María da ante todo gracias a Dios que le ha hecho este don maravilloso y a continuación se pregunta lo que Ella ha podido dar. He aquí la respuesta:

«Dios mío, que duermes débil entre mis brazos
hijo mío caliente sobre mi corazón que late.
Adoro en mis manos y sorprendido acuno
la maravilla, oh Dios, que Tú me has dado.

Oh mi Dios, hijo, yo no tenía,
Virgen que soy en este humilde estado
¿qué alegría en flor de mí hubiera nacido?
Pero Vos todopoderoso me lo habéis dado
¿qué devolveré a Vos, yo sobre quien ha recaído
vuestra gracia?

Oh, Dios, sonrío en voz baja
puesto que yo tenía también, pequeña y limitada
tenía una gracia y os la he dado.

Boca, oh Dios mío, Vos no teníais
para hablar a la gente descarriada de aquí abajo...
tu boca de leche vuelta hacia mi seno
Oh, hijo mío, soy yo quien te la ha dado.

Manos, oh Dios mío, Vos no teníais
para curar con el dedo sus pobres cuerpos enfermos...
tu mano, con tu puño que asemeja un rosa,
oh, hijo mío, soy yo quien te lo ha dado.

Carne, oh Dios mío, Vos no teníais
para romper con ellos el pan de la cena.
Tu carne, en primavera, hecha a imagen mía
Oh Dios mío, soy yo quien te la ha dado.

Muerte, oh Dios mío, Vos no teníais
para salvar al mundo...
Oh, dolor, ahí abajo
tu muerte de hombre, una noche negra, abandonada
pequeño mío, soy yo quien te la ha dado»¹.

1. *Marie-Noë*, El Rosario de las alegrías. Paris 1930, p. 9.

Pero entonces ¿por qué llamarla Madre de Dios puesto que no ha formado más que a un hombre? Esta era ya la objeción del patriarca Nestorio, en el año 431. Rechazaba el título de Theotokos, procedente de Egipto, que se había extendido en toda la Iglesia, incluso entre los antioquenos desde el siglo IV.

Hay dos cosas graves en esta objeción, en este desconocimiento.

1) Si María no es Madre de Dios en persona, recaemos en ese adopcionismo (que era el futuro de la teología para Picaza). Entonces ya no sería Dios quien ha nacido, quien ha muerto por nosotros, quien nos ha salvado, sino un hombre adoptado por Dios. El aspecto de la salvación y de la Revelación aparece profundamente transformado.

2) Por lo mismo el papel de padre y madre son degradados antropológicamente. Lo que olvidan los cristianos, que, después de Nestorio, hubieran querido rechazar el título de Madre de Dios es que la maternidad es esencialmente personal y se relaciona con una persona. Sería absurdo decir: El padre es padre del espermatozoide, la madre es madre del óvulo. No, son a la vez, lo saben bien, padre y madre de la persona de su hijo: Inés o Jaime, Mónica o Pedro; María es madre de un hijo que es Dios en persona. Ella es pues Madre de Dios según la humanidad, y más precisamente Madre del Hijo de Dios, de la Segunda Persona de la Santísima Trinidad.

Lo que sí se puede conceder a los objetores, es que *Madre de Dios* es ambiguo, no diríamos jamás que María es Madre de Yahvé. *Madre de Dios* sólo se comprende según el dogma de la Trinidad que aflora de una forma admirable en el Evangelio de la Anunciación: María es Madre del Hijo de Dios: lo que arroja una admirable luz sobre la relación con la Trinidad. El Evangelio, por otro lado, describe esta relación con una claridad maravillosa, aplicando a María el texto de Éxodo 40, 35, donde Dios toma posesión del Arca de la Alianza que Moisés había fabricado. La nube vino sobre el Arca y la gloria de Dios llenó la morada. Este texto descubre, admirable y simbólicamente a un tiempo, la doble presencia de Dios: encima del Arca, lo que significa su trascendencia, y dentro, como gloria radiante, lo que significa su inmanencia. María se convierte en la nueva Arca de la Alianza donde se va a realizar de una forma nueva, encarnada, la presencia trascendente e inmanente de Dios entre los hombres.

«El Espíritu Santo vendrá sobre tí y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra (*épiskiasem*, término técnico que significaba la Shekinah: la presencia de Dios sobre y en el Arca de la Alianza). Y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra (presencia encima). Por eso el que na-

cerá de tí será llamado Santo (sólo Dios es Santo, dice la Biblia), Hijo de Dios (Lucas 1, 35)». Dios que aparecía en figura, en irradiación de gloria en el Arca de la Alianza, viene en forma de humildad humana, este Hijo de Dios que llega a ser Hijo de María.

La Madre del Hijo de Dios tenía que ser Virgen. Esto es lo que, cuestiona la ideología idealista y racionalista, que ha tomado la virginidad de María como blanco primordial desde hace más de un siglo.

A esto se suma otro motivo: en la hora en que oscuramente la humanidad buscaba su liberación sexual, en la que Freud inventaba la permisibilidad hacia todas las perversiones (sexo y drogas), que hoy son glorificados, hacía falta despedazar la virginidad de María. Este empeño contra la virginidad procedió ante todo de los racionalistas y de los protestantes liberales, a partir de F. J. Strauss, 1835, inventor de la desmitologización.

En un tiempo en el que tantos teólogos católicos son sacudidos por un clima cultural deletéreo (filosofía y costumbres), es sin duda el protestante Karl Barth quien ha sabido reaccionar con más fuerza de luz y de vigor:

«El Hombre Jesús no tiene padre. Su concepción no procede de la ley común. Su existencia empieza con la libre decisión de Dios mismo. Procede de la libertad que caracteriza la unidad del Padre y del Hijo ligados por el amor, es decir, por el Espíritu Santo. He aquí el dogma de la libertad de Dios. Y de esta libertad de Dios procede la existencia del Hombre Dios, Jesucristo»².

Este teólogo, a quien costó arreglar sus cuentas con la carne, veía en la virginidad el triunfo de Agape sobre el eros, en estos términos sorprendentes, que un sacerdote que vive el celibato no se permitiría emplear:

«En toda generación natural es el hombre consciente de su poder, fuerte en su voluntad, orgulloso en su potencia creadora, el hombre autónomo y soberano, quien se encuentra en su primer plano. El proceso de la generación natural no podría ser por tanto un signo adecuado para el Misterio que aquí se trata de indicar. La unión sexual no podría entrar en consideración como signo del ágape divino, que por su parte, no busca su interés. La voluntad de poder y de dominación del hombre, tal como se expresa en particular en el acto sexual, indica algo muy di-

2. K. BARTH, *Esquisse d'une Dogmatique*, tr. francesa, Paris 1950, p. 96.

ferente de la majestad de la Misericordia divina. He ahí porque es la virginidad de María y no la unión de José y María la que constituye un signo de la revelación y del conocimiento del misterio de Navidad³. La historia de la humanidad (...) es de hecho una historia de varones, una historia de obras y empresas masculinas (...). Desde esta perspectiva se capta mejor el signo del misterio de Navidad con todo su alcance. El hecho de que Jesús no tenga padre terrestre merece toda la atención. El hombre consciente de su querer y su poder, el hombre creado, y dueño no podría participar de la obra de Dios (...). Es necesario, pues, que el hombre —el varón— sea excluido cuando se hace necesario un signo para indicar la Encarnación»⁴.

Para escribir mis «evangelios de la infancia» he recapitulado y prolongado toda la exégesis desde hace un siglo y medio. Lo que me ha chocado más es quizá el empeño de la exégesis racionalista e idealista contra la virginidad de María, y de qué modo esto deforma y oculta los textos admirables de Mateo y Lucas, en sentidos diversos y contradictorios según las críticas. Estas ideologías se han impuesto hasta tal punto que un sacerdote ha podido decir con tranquilidad en una importante cadena de radio francesa: «Inventar que Jesús había nacido de una virgen, formaba parte del ambiente del tiempo».

Durante más de un siglo, después del fracaso de soluciones más radicales, descalificadas unas detrás de otras (eliminación de versículos sobre la concepción virginal por crítica textual o crítica interna: Harnack), se ha intentado verificar este apriorismo. Pero no se han podido encontrar en la cultura del tiempo de ésta, estos nacimientos virginales que se supone estarían generalizados. Lo que sí se ha encontrado en abundancia son fornicaciones de dioses con diosas o con criaturas humanas, de las que nacen dioses o semidioses.

Pero precisamente los evangelistas han tomado todas sus distancias con respecto a estas «teogamías ambientales» y es apasionante detallar lo que los textos tienen de originales y admirables en este sentido. Mateo evita llamar a Dios *Padre* —después lo dirá con mucha frecuencia— allí donde habla de la concepción virginal. Y si Mateo como Lucas, sin haberse cruzado palabra, refiere la concepción virginal al Espíritu Santo es precisamente porque en la lengua semítica original de la predicación, y quizá de la primera redacción del Evangelio, el Espíritu (*Ruah*) es un nombre

3. K. BARTH, *Dogmatique*, ed. francesa, vol. I, tomo II, fasc. I, p. 180.

4. *Ibid.*, p. 181.

femenino de Dios lo que cortaba de raíz todos los erotismos y teogamías ambientales. Los evangelios han velado por inculcarnos que Dios no es el padre humano de Jesús, es su Padre divino, eterno y los teólogos dirán, con frecuencia, que Jesús como hombre es hijo de Dios, no en virtud de una segunda filiación (humana) sino de la única filiación (eterna), que pone el hijo encarnado en María en la órbita de la paternidad divina, puesto que la filiación es relación.

La afirmación de un nacimiento virginal no era en absoluto un punto que se imponía a los evangelistas y que su ideología y mitología debía o podía inventar.

Se trata antes bien, para ellos, de una dificultad, puesto que una concepción virginal era tan inverosímil para los judíos como para los paganos. Hacía falta mucho valor para afirmarla y se han burlado muchos de ella tanto los unos como los otros. Nosotros no somos hijos de la prostitución contestaban los escribas a Jesús, que les reprochaba no ser hijos de Abraham. Nacimiento adúltero, decía el pagano Celso a comienzos del siglo II.

Pero aún hay más: si Mateo y Lucas escribieron un Evangelio de la infancia y una genealogía fue para justificar el título popular que las masas daban a Jesús a causa de sus milagros: «Hijo de David, ten piedad de nosotros», «Hosanna al Hijo de David». Se trataba de un título mesiánico. David había recibido de Dios la promesa de un heredero: el Mesías en un reinado sin fin (2 Samuel 16; Isaías 9, 5-6). Los dos evangelistas querían, pues, establecer el árbol genealógico de Cristo: por José, oscuro heredero de David según se sabía en Nazaret.

Pero llevando su encuesta más cerca, Lucas partiendo de María y Mateo a partir de José, descubrieron tanto uno como otro que Jesús no era hijo de José. Era el fracaso de su laboriosa empresa genealógica: Jesús no era hijo de David, por tanto no era el Mesías; ¡sin embargo, insistieron honestamente en dar su genealogía por José!, pero después de haber comprendido por largas y profundas reflexiones teológicas independientes, distintas y convergentes que Jesús no era tanto un *Mesías, hijo de David por adopción* sino *Hijo de Dios y Dios con nosotros* (Lucas 1, 32-35 y Mateo 1, 21).

Falta tiempo para detallar la coherencia admirable de la Revelación sobre María, según los otros aspectos de este dogma. La concepción inmaculada y la Asunción, así como la participación de María en la obra de la salvación y su lugar en el culto cristiano. Puesto que el tiempo nos ha limitado a escrutar este título de María, Madre de los hombres, precise-

mos solamente en qué sentido María es también nuestra Madre, Madre de los hombres.

Frecuentemente se dice de forma inexacta y diáfana: «Madre de Dios, luego Madre de los hombres». Y eso supone olvidar dos cosas:

Primera: no se nace madre, se llega a serlo. Y del mismo modo que María al llegar a ser Madre del Hijo de Dios por una admirable formación, evolución y consagración de todo su ser ha debido convertirse en Madre de los hombres con esfuerzo y dolor. Será interesante mostrar cómo María, ya «madre de Israel» mejor que Débora, incluso antes de la Encarnación, ha progresado hacia el alumbramiento doloroso del calvario y el descubrimiento progresivo de sus hijos en la cámara alta de Pentecostés y luego en el momento de su glorificación en el Cielo.

Segunda: Madre no tiene el mismo sentido cuando se dice Madre de Dios y Madre de los hombres. María ha dado nacimiento a Jesús, su hijo único de forma corporal. Cada uno de los otros hombres tiene una madre que de modo similar le ha dado a luz. María es Madre de sus otros hijos, incontables, con un título distinto. Ella es su madre espiritual, una madre adoptiva. Algunos pensarían escandalizados que se trata de una maternidad rebajada. No. Puesto que la maternidad adoptiva no lo es en absoluto. Es ciertamente una verdadera maternidad y podría contar al respecto casos admirables. Puesto que no es poca cosa para una madre sin hijos hacerse adoptar por el pequeño que ha escogido. Es una aventura profunda, donde se compromete todo el ser, la de establecer esta reciprocidad afectiva: «Para tí es más importante que nuestro matrimonio», decía el marido a su mujer en el momento de la adopción.

Pero lo más significativo es la adopción por madres de familias numerosas. Unas de ellas, madre de ocho hijos, había adoptado con su marido a dos niños vietnamitas de un barrio miserable, tras la muerte de su madre. Entre estos hijos y los que hemos tenido juntos, no existe ninguna diferencia, me dijeron. Y todo el detalle de su vida muestra que es cierto; es más parece que estos hijos fueran objeto de una especial predilección, puesto que su estado inicial de degradación física y psicológica había costado más esfuerzos y afanes que ningún otro. Y estos padres comprobaban, sin suscitar ninguna envidia, lo que Jesús dice de su paradójica preferencia por la oveja número cien, el pecador, sobre las 99 que no tienen necesidad de penitencia.

La maternidad de María fue una transferencia dolorosa que no podía llegar más que a la Cruz. Es allí donde se convirtió efectivamente en nuestra Madre, en el momento en que Jesús se convertía efectivamente por su

muerte gloriosa en nuestro Jefe y Salvador. Y Cristo significa y consagra entonces esta nueva maternidad, a la que da misión. Es esta transferencia de maternidad la que expresa literalmente el texto tan sobrio del Evangelio de Juan (n. 19, 25-27) por la transferencia gramatical de los posesivos:

«Al pie de la cruz de Jesús estaba *su* Madre y la hermana de *su* Madre. Jesús viendo *la* madre (sin posesivo, como si esta maternidad estuviera vacante, desposeída) dice a *la* Madre: Mujer he aquí a *tu* hijo y al discípulo: He ahí a *tu* madre».

Es cierto que el griego no requiere la expresión del posesivo (*autou*) donde se refiere al sujeto, pero el texto no es menos expresivo de una verdad. Es ante todo Juan quien es confiado a María y no María a Juan. Se ha objetado que esta maternidad no es universal porque Jesús confía a María a un sólo individuo. En su encíclica para el año dedicado a María, Juan Pablo II responde de forma admirable: «Esta adopción universal, diríase hecha en uno sólo porque la maternidad es esencialmente personal y para una madre cada hijo es único».

Se unía así a la respuesta de una madre de familia numerosa a una madre con un hijo único que le decía: «¿Cómo haces tú para amar a todos esos hijos, si yo que no tengo más que uno me cuesta amarlo como se debe? Y la madre de familia numerosa respondía: «para mí cada hijo es único y mi corazón se amplía cada vez». Sí, Dios ha ampliado infinitamente el corazón de María en una medida divina, y para María cada uno de nosotros, cada uno de vosotros, es único.

3) *María en nuestra vida*

a) *Presencia de María*

Nos queda poco tiempo para decir cómo poner a María más —y sobre todo mejor— en nuestras vidas, personales y comunitarias. Pero poco importa puesto que es una relación personal. No se trata pues de dar un código de consejos: el amor no vive de códigos, se inventa en el fondo del corazón. Se trata de realzar lo esencial: esta presencia de María que nosotros olvidamos y su papel en esta consagración, asunto esencial de toda vida personal o comunitaria.

La presencia de María es una alegría, una gracia, una seguridad en

la existencia humana habitada por la incertidumbre y la ansiedad, donde María juega su papel como la Madre buena de nuestro futuro. La presencia habitual es una gracia prometida a una larga fidelidad, decía Chaminade.

¿De qué se trata? La presencia de María es un hecho, un dato de la Revelación. María está presente en todos los tiempos de la salvación, de los que asegura la transición: El Antiguo Testamento, el tiempo de Cristo, el tiempo de la Iglesia. Ha estado presente en toda la vida de Cristo salvo en los tiempos de separación, llenos de sentido en los que profundiza su fe: Los tres años de la vida pública, el *triduum mortis* —anunciado proféticamente por los tres días de la fuga de Jesús-niño en Jerusalén— y de la Ascensión a la Asunción.

La Liturgia refleja esta misma presencia universal: María está presente en el principio del año litúrgico, en el ciclo de Navidad, y muy directamente en el ciclo de Pascua de la liturgia latina, en contraste con la liturgia bizantina. Está presente en cada misa, sus fiestas van jalonando todo el año, invitándonos a instaurar en nuestras vidas una presencia análoga de la Virgen María. No se trata de una presencia sentimental, es una presencia del orden de la fe, de la esperanza y de la caridad. Es un reconocimiento de la presencia de María en Cristo, en la Comunión de los Santos, donde es la más cercana a Cristo y por lo mismo la más cercana a cada uno de nosotros, dotada por Dios de una misión sobrenatural, superior a todas las misiones.

Y eso es lo que caracteriza esta presencia. Ella no está en el nivel trascendente de la presencia de Dios, Creador nuestro. Nos hace existir y está más cerca de nosotros que nosotros mismos. No es María lo que nos hace existir. La presencia de gracia es una presencia inmediata por la cual Dios nos comunica directamente su vida divina sin intermediarios. El papel de María es una presencia en Dios y por Dios. Es una presencia que nos conduce a Cristo, como en Caná, donde María intercede cerca de su Hijo, y después dice a los servidores: «Haced lo que Él os diga (Juan 2, 4). Es una presencia permanente, una presencia maternal, íntima y discreta, donde no hay nada posesivo, María no fue jamás una madre posesiva.

En Nazaret no tenía en absoluto atado a Jesús a su mirada y a sus faldas. Pudo hacer toda una jornada de camino sin apercibirse de que Jesús no estaba en la caravana (Lucas 2, 42). Algunos dirían que se trata de una mala madre. Pero en la caravana cada uno podía confiar en cada uno y María confiaba en Jesús. No es más posesiva hacia nosotros: respeta nuestra libertad. Esta presencia está normalmente jalonada por tiempos fuertes y por tiempos débiles, sin que tengamos razón para inquietarnos.

Sería quimérico querer sobrepasar la experiencia de Teresa de Lisieux, «que estuvo durante tres semanas totalmente escondida bajo el manto de la Virgen y haciendo las cosas como sin hacerlas». Esta gracia fructífera no duró más que tres semanas y Teresa conservó su sentido en una fe más austera. Es normal que haya tiempos débiles y tiempos fuertes.

¿Cuáles son estos tiempos fuertes? Según la experiencia cristiana, la experiencia de los santos, son los mismos que en la vida de Cristo y en la liturgia. En el Evangelio, como nuestras vidas, María es la Virgen de los comienzos, de las transiciones, y de las cruces:

Ella es Virgen *de los comienzos*. Por Ella comenzó Jesús y es a petición suya como hizo su primer milagro en Caná. Después de haber sido escogida para dar a luz a Jesús, acompaña el nacimiento de la Iglesia en la Cámara alta de Pentecostés (Hechos 1, 14), fue la primera en nacer al cielo, la primera en unirse en cuerpo y alma a Cristo resucitado: nos ha mostrado el camino. Confiémosle todos nuestros proyectos, nuestros comienzos. Mi madre, que tuvo cinco hijos, se los confió todos a María desde que supo de su existencia y yo le estoy muy agradecido.

María es la Virgen *de la transición* y es casi lo mismo, puesto que no hay comienzo sin transición. La Anunciación, comienzo del Nuevo Testamento, es también el paso del Antiguo al Nuevo. Caná, el primer signo de Cristo, precipita la transición de su vida escondida a su vida pública y del Gólgota a Pentecostés. María hizo por su fe la transición de Cristo a su Iglesia en la espera del Espíritu Santo. Desde la Edad Media, el cirio que no se apaga en el oficio de Tinieblas simboliza este papel de María en un mundo que había llevado a su culmen su pecado asesinando al Hijo de Dios.

En fin, Ella es la Virgen *de las transiciones dolorosas*, de las pruebas y de las noches espirituales; «Estrella del mar», decía San Bernardo; Nuestra Señora del *Stabat*, icono trágico del Gólgota. Ella tiene un papel que jugar en estas transiciones.

No impedirá las pruebas —aunque a veces las dulcifica o las abrevia— como no impidió la muerte de su Hijo. Pero lo que da infaliblemente a quien se confía a Ella es la paciencia, la perseverancia, la paz, la fructificación en la Cruz. Pidamos esta gracia.

b) *Consagración por María*

En cuanto la consagración me limitaré a plantear un problema deli-

cado y paradójico; a dilucidar un malentendido que se prolonga entre los teólogos y la piedad popular.

Los teólogos saben bien que no se puede ser consagrado más que a Dios, como no se adora más que a Dios, a pesar de las variaciones de vocabulario. El Concilio Vaticano II ha recordado este principio fundamental. Como consecuencia de un malentendido histórico muy complejo, el vocabulario cristiano habló durante largo tiempo de adorar a la Virgen. Se distinguió entonces entre la adoración de *latría* reservada a Dios y la adoración de *dulía* (que conviene a la Virgen y se había intentado conservar hacia el emperador, ante el cual se posternaba besándole los pies: *adorare*, de *os*, boca, es decir, besar). El Concilio ha eliminado estas ambigüedades históricas de vocabulario y ha reservado la adoración a Dios⁵. Se trata de un proyecto teológico y ecuménico.

Para la consagración el problema es el mismo, pero no está resuelto. La teología enseña —mucho más claramente de lo que lo ha hecho para la adoración— que no hay más consagración que a Dios, único que puede consagrar. No se puede ser consagrado más que al Creador, a quien debemos nuestra existencia misma, puesto que continúa haciéndonos existir en cada instante. No se puede ser consagrado a una criatura: se trataría de idolatría. Cuando se habla de consagración a María choca no sólo a los protestantes sino también a muchos teólogos que han expresado su sorpresa y su escándalo si son, a veces, demasiado severos con los artificios del lenguaje.

Su reacción está fundamentalmente justificada. Y, sin embargo, el movimiento de consagración se revela importante y fructuoso en la Iglesia en los tiempos modernos. Tiene un sentido histórico. El movimiento se ha desarrollado en el momento en el que penetra progresivamente en el mundo la secularización. Se ha desarrollado como reacción, como una necesidad, con una inmensa generosidad. Ha sido lanzado por los santos y revelaciones de lo alto como Paray-le-Monial o Fátima (1917), y María ha jugado un papel considerable en estas consagraciones. Más concretamente este movimiento nació en España en el siglo XVI, donde los fieles se consagraban a María, a título de esclavos (contra lo que reacciona de hecho un decreto del Santo Oficio). Continúa después con Berulle, San Juan Eudes, y otros miembros de la *Escuela Francesa* hasta San Luis María Grignon de Montfort, antes de que se desarrollaran las consagraciones del

5. Cfr. *Lumen Gentium*, n. 66.

siglo XIX (Chaminade, y numerosas órdenes religiosas) y después en el siglo XX por los santos Maximiliano Kolbe y los mensajes de Nuestra Señora de Fátima que han determinado a los últimos Papas a renovar ocho veces la consagración de Rusia y del mundo.

¿Cómo reconciliar a los teólogos, deseosos de verdad, con la generosidad fructuosa de este movimiento sostenido por el Cielo? Y, ¿cómo justificar el papel de María de hecho tan grande y tan fructífero? Importa decirlo antes de terminar, puesto que este problema importante está todavía mal resuelto. Importante porque la consagración es el gran asunto de nuestra vida en reacción contra la secularización a la que estamos atados de forma frecuentemente abusiva, más allá de esta legítima autonomía del orden natural y secular reconocido por el último concilio. Nuestras vidas creadas por Dios están hechas para Dios. La historia de nuestras vidas debe ser nuestra consagración. Este reconocimiento de Dios Creador no crea una dependencia alienante, no disminuye las libertades, sino que al contrario las libera, las lleva a término. Puesto que si vivimos en Dios, queriéndonos hacer autónomos de Dios según la tentación de Lucifer y de Adán, nos destruimos a nosotros mismos, nos cavamos nuestra propia fosa. Pero si reconocemos a Dios Creador, y el bello orden de amor a que nos llama, nos liberamos del pecado, nos hacemos libres en Dios Creador de esta auténtica libertad, según la libertad del verdadero amor dado por Dios, ya que encontramos en Él este ciento por uno que ha prometido a los que se dan totalmente a Él.

La consagración está instaurada en el momento del principio de nuestra vida por el bautismo, que es la consagración por excelencia, la verdadera consagración como lo reconoció Grignon de Montfort. Pero esta consagración fundamental por la cual pertenecemos a Dios es frecuentemente mal realizada o no realizada en absoluto. Las consagraciones tienen como objetivo actualizar la única consagración del bautismo, puesto que sólo Dios consagra. Él sólo nos ha consagrado en el bautismo y continúa esta obra esencial a lo largo de toda nuestra vida. Pero Dios no hace nada en nosotros sin nosotros, quiere necesitar de los hombres y pide nuestra cooperación. Es en este sentido en el que se habla impropriamente de *consagrarse*. Pero esto quiere decir más exactamente disponerse a la consagración que Dios da y cooperar con ella. Este lenguaje más claro evitaría crear «el escándalo de los fuertes» entre los teólogos y los protestantes.

Muchos teólogos, espirituales, y santos, entre los mejores, han superado todos los vocabularios ambiguos y falsos de dos formas principalmente:

1º Grignon de Montfort (y en su escuela el cardenal Myszynski) dice: consagración *a Dios por María*. Montfort precisaba: María es un medio, el mejor medio. Le hacemos el don de nuestra persona y el don de nuestro ser para que nos dé a Jesús y así a Dios que nos consagra en perfección: todos los momentos de nuestra persona, todo nuestro ser, hasta los más escondidos, hasta el subconsciente que el Espíritu Santo puede reorientar, bautizar, consagrar. Para ello, Montfort se daba a María total y perfectamente como la mejor de las madres y la más pura de las criaturas.

2º En Italia Stefano de Fiores y Domenico Bertetto partieron de una cierta diferenciación de vocabulario ya esbozada por Pío XII (tan preocupado por la trascendencia que rechazó definir la mediación mariana). En esta línea distinguieron entre la *consagración* —que no se dirige más que a Dios— y el *affidamento* que puede dirigirse a las criaturas y en primer lugar a María.

El *affidamento* es el movimiento ascendente que responde a la noción descendente de Dios: la consagración que es la obra de Él sólo. El *affidamento* es la ofrenda y el don, el abandono que se hace de sí mismo a María. Montfort, como Kolbe, lo quería total y sin reserva. Montfort expresaba esto con la idea de esclavitud y Kolbe, a quien no gustaba este término chocante, decía que no era lo suficientemente fuerte: pertenecemos a María, no como un esclavo que sigue siendo una persona libre, decía, sino como una cosa, un objeto, poseído por Ella. (Se podría todavía decir en español, *entregar*; en inglés, *dedicate*).

Esta distinción es muy feliz. Distingue y articula el papel trascendente de Dios, del papel de los hombres cuya libertad creada por Dios, liberada por Dios es tan radicalmente autónoma, que el hombre puede rechazar la gracia, levantarse contra Dios, volverse en cierto modo creador en el orden del mal, es decir, de la nada y de anonadamiento. Criatura del Creador. Pero entonces, se autodestruye y se enajena. Sólo en Dios encuentra libertad, cumplimiento y el ciento por uno.

Ante la gran obra de nuestro *affidamento*, don de nosotros mismos a Dios, ante su consagración que acaba con nuestro nacimiento al Cielo, podemos darnos de todo corazón a María nuestra Madre, abandonar a Ella cosas y bienes, el cuerpo y el alma, y Ella sabrá jugar su papel: darnos a Dios y a Cristo y ayudarnos a darnos a nosotros mismos por este despliegue maravilloso de la libertad, de los dones del Espíritu y de los frutos espirituales, de los que Ella mejor que nadie conoce el secreto. Sí, es el hermoso secreto de María, nuestra Madre, discreta y tiernamente presentado, tan ardientemente deseosa de que seamos consagrados como



Ella lo ha sido. Por eso Ella es un modelo y una ayuda maravillosa: Madre del Amor hermoso, nuestra Madre. Gracias al Papa Juan Pablo II que nos ha dado una nueva ocasión de redescubrirlo.

R. Laurentin
Pontificie Academie Mariane Internationale
ROMA